

ciencias, de las artes, y de cuantos recursos dispone el genio del hombre, puede reasumirse en pocas palabras: Un pachá voluptuoso, cruel, codicioso, que solo sueña en un engrandecimiento personal ó dinástico; un monopolio destructor; nada de propiedad, sin la cual no hay familia, ni por consiguiente nacion; una administracion tan codiciosa como ignorante, tan intrigante como bárbara; suplicios que horrorizan, prodigados con espantoso lujo; una miseria que acaba con una cuarta parte de la poblacion y presenta solo caras pálidas y flacas; en los hombres un profundo hastío de la vida; en las mujeres del pueblo hedionda prostitucion; en las clases superiores degradante poligamia; civilizacion bastarda, aconsejada con el látigo ó impuesta con el palo; todos los tormentos de la conscripcion y de la leva; en una palabra, todos los irritantes abusos de la mas pesada tirania. Estas acusaciones son graves; pero vienen de un hombre que ha visto funcionar por espacio de diez años las ruedas de la funesta máquina, llamada despotismo. La consecuencia que se desprende de la obra de Mr. Hamont, consecuencia que dista mucho quizás de las opiniones y principios del autor, es, que un pueblo no entra en la vida social sino por el principio religioso.

Esta conclusion se hace mas evidente aun si, apartando vuestras miradas de Egipto, las dirigis á los lejanos países de la Ocea-  
nia. Al mismo tiempo que la ciencia europea, secundando á Mehemet-Alí, enviaba sus numerosos misioneros para regenerar el Egipto, el Catolicismo hacia partir de la misma ciudad algunos pobres sacerdotes. Los primeros marchaban ricos, alegres, llenos de confianza en sí propios, abundantemente provistos de todos los recursos humanos; los segundos daban un eterno adios á su patria, y se encaminaban hácia la playa, á pié, con el baston en la mano, y ricos solo en fe y esperanza en Dios. Los primeros iban á un pueblo llamados por su soberano, cuya proteccion, benevolencia y favores les estaban asegurados: los segundos se preparaban á penetrar en regiones incógnitas, cuyos reyes no solo no les llamaban, sino que debian rechazarles, perseguirles, é in-  
molarles. Los primeros tenian que tratar con un pueblo bárbaro; los segundos con antropófagos. Los primeros, ayudados por todo el poder de la fuerza y del genio, han fracasado; los segundos, á pesar de los esfuerzos de los hombres y del infierno, han triunfa-

do, y triunfado prontamente, triunfado maravillosamente, triunfado pacíficamente; y su obra se mantiene, se robustece, y admira á la Europa.

Lo preguntamos de nuevo á todo hombre que tiene ojos para ver: ¿qué deducir de este doble hecho simultáneamente verificado, sino que un pueblo no entra en la vida social mas que por el Cristianismo; que si el Señor no construye el edificio, en vano trabajarán los que traten de levantarlo; que vanos é impotentes son todos los hombres faltos de la ciencia de Dios; que el Catolicismo está tan vivo hoy como en otro tiempo; que solo en él reside hoy aun la palabra de vida; que solo él realiza el milagro tantas veces verificado desde diez y ocho siglos de convertir las piedras en verdaderos hijos de Abraham? Pueblos de Europa, hijos ingratos y presuntuosos, medita: no es sin motivo que la Providencia ha puesto ante vuestros ojos el espectáculo de la experiencia hecha en Egipto.

## CAPÍTULO VIII.

### *Historia de la Familia en Asia. — Indias.*

La razon humana, cualquiera que sea su desarrollo, no basta para arrancar á los pueblos de la degradacion, consecuencia inevitable de la idolatría. Esta es una verdad que atestiguan la confesion de los filósofos y la experiencia universal, cuyo cuadro presenta esta obra. Pertenece solo al Cristianismo la gloria de rehabilitar la sociedad civil y la doméstica. Y sin embargo hay en el Cristianismo sectas que se creen llamadas á regenerar las naciones. Al frente de esos pretendidos regeneradores marcha el pueblo inglés. Sus misioneros cubren el globo, y cuestan cada año inmensas sumas. ¿A qué conducen tantas palabras y tantas biblias?

Los predicadores ingleses ponderan sobre todo las ventajas que han alcanzado en las islas del mar del Sur, en O'Taiti y Sandwick. Para reducir las á su justo valor, basta oír las narraciones de navegantes y hombres no sospechosos que han visitado esas islas. «Es verdaderamente sensible, dice el capitan Barrow, inglés y protestante, que no se hayan escogido medios mejores para convertir á esos habitantes. No se puede reflexionar sin dolor en lo

«que son ahora comparado con lo que antes eran. Todas las diversiones, hasta las mas inocentes, á que antes se entregaban, han sido abolidas por los misioneros, y reemplazadas por hábitos de indolencia. La sencillez de sus costumbres, que era una compensacion de muchos de sus defectos, ha cedido el puesto á la intriga y la hipocresía. La holganza, la pobreza, y las enfermedades que han sido su consecuencia, han diezclado la poblacion de una manera espantosa. Segun un censo hecho en 1794 por los misioneros mismos, el número de habitantes era entonces 16,040. El capitán Waldegrade asegura que, segun un nuevo censo hecho tambien por los misioneros, la poblacion constaba solo en 1830 de 5,000 almas. Hay motivos de sobra para atribuir esta disminucion, tanto á los rígidos reglamentos impuestos á estos insulares por los misioneros, y á las oraciones y continuo canto de los Salmos, como al uso de bebidas espirituosas. Estos restos de poblacion están situados en un terreno llano y pantanoso, cerca del mar, enteramente sujeto á los siete establecimientos de los misioneros, que han arrebatado á los indigenas el poco comercio que antes hacian. Aquellos tienen sus almacenes, son agentes de comercio y poseen el monopolio absoluto de cuanto produce la isla. En cambio han dado á los insulares... un parlamento<sup>1</sup>!!»

Pero es sobre todo en las Grandes-Indias poseidas desde tanto tiempo, dominadas, administradas, queríamos decir *explotadas* por los ingleses, donde el ministerio de la herejía ha reunido mayores condiciones de buen éxito. ¿Qué ha conseguido, sin embargo? Los numerosos predicadores ingleses y americanos ¿han sacado á los indios de su profunda ignorancia? Júzguese de ello por la prueba que de su ciencia daba hace poco un sacerdote del país, un hombre que por consiguiente debe pertenecer á los escogidos: *ab uno disce omnes*. En 1842 el Rey de Maissour, cuyas provincias están desde largo tiempo bajo la dependencia inglesa, habitadas por ingleses y sus numerosos ministros, recibió en audiencia pública á uno de nuestros misioneros. Entre los cortesanos habia un doctor del país. El Rey rogó al misionero que escribiese á Europa, y le preguntó qué tiempo se necesitaria para la contestacion: «Hablé, dice el misionero, de la via de comunicacion por el Cabo y de

<sup>1</sup> Family library, n. 25.

«la de los vapores por el mar Rojo. A esta última palabra me dice el doctor: ¿Cuántos mares hay en el mundo? Le dí una pequeña idea del globo y de los diferentes nombres que toma el Océano de las diversas comarcas que baña. Mi contestacion le embarazó, mas no le satisfizo.— Pero ¿en qué país se hallan los mares mencionados en nuestros libros? 1.º el mar de Jarabe; 2.º el mar de Aguardiente; 3.º el mar Salado; 4.º el mar de Leche cuajada; 5.º el mar de Leche pura; 6.º el mar de Agua dulce; ¿en dónde están?— Solo en vuestros cuentos, le contesté, y no conozco playa alguna donde pueda colocárseles<sup>1</sup>.» Tal es la profunda ignorancia en que yacen hombres en contacto con los ingleses, hace mas de un siglo. Que no se diga que los indios no quieren recibir la instruccion que les ofrece Inglaterra. ¿A quién se dará á entender que el sol que brilla por espacio de un siglo sobre un país no haya alumbrado aun todas sus partes? ¡Ah! es preciso reconocerlo; Inglaterra se ha ocupado mas de explotar los indios que de instruirlos. Su pensamiento dominante no es el celo por las almas, sino el amor al oro. Si los indios hubiesen estado sujetos á una nacion católica, desde largo tiempo que hubieran desaparecido las tinieblas de esta grosera ignorancia.

Los ministros de la herejía ¿han desvanecido por lo menos las supersticiones ridículas y las infames y crueles prácticas de los indios sujetos á Inglaterra? Escuchad: «Nada habeis leído de ridiculo y absurdo en la mitologia de los antiguos, que no se halle en las prácticas y fábulas inventadas por los brahmas para satisfacer la ciega inclinacion que arrastra á los indios hácia la mas grosera idolatría. No basta esta multitud de pagodas esparcidas por el país; gran número de ellos alzan aun frente de sus casas un monton de barro en forma de cono, de tres á seis piés de elevacion; se esfuerzan luego en hacer entrar en él el demonio por yo no sé qué ceremonias, y le presentan en seguida sus homenajes religiosos. A veces decoran ese barro seco con guirnaldas de flores y lo rocian con aceite en forma de libaciones. Desgraciado de vos, si derribais de un puntapié este ridiculo altar. Os llevarán ante los tribunales, y los jueces no dejarán de condenaros como á sacrilego.

«Las pagodas y barro sagrado de que acabo de hablar, aunque

<sup>1</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 86, pág. 62, año 1842.

«multiplicadas al infinito, no bastan aun á la supersticion del pueblo. Es preciso que tenga de continuo ante los ojos y sobre sí propio algun objeto de su culto, algun signo de su insensata devocion. Pero ¿cuál es ese tálisman venerado sin el cual no se atreveria un pagano á salir de casa? ; Aceite de vaca! Sí, todos los dias, lo primero que hace un idólatra al despertar, es frotarse con él la cara, el vientre y los brazos. Perfumado de esta suerte se dirige hácia Oriente y adora al sol. Va luego á pavonearse á todas partes, sellada la frente con ese venerado sello, y se muestra tan orgulloso de este singular adorno, como lo está una mujer con sus mas brillantes galas. Hé aquí á qué estado se halla reducida la inmensa mayoría de la nacion india. Mi pluma se niega á reproducir otros detalles mucho mas humillantes para nuestra pobre humanidad <sup>1</sup>.»

¡Y esta nacion está desde hace un siglo sujeta á un pueblo que se llama cristiano! Decid á los vencedores que nada han hecho para ilustrar á los ignorantes, y os contestarán que se les calumnia; ¿de qué proviene, pues, la inutilidad de sus esfuerzos? ; Ah! preciso es reconocerlo; son esenciales dos cosas para regenerar las naciones; la palabra divina en los labios, y la sangre del mártir en las venas; una y otra faltan á la herejía.

Este ligero exámen de las costumbres generales deja presentir ya el estado de la sociedad doméstica. En su constitucion presenta el olvido mas completo de las leyes primitivamente dadas por el Creador: ni en el palacio, ni en la choza hallaréis vestigio alguno de la unidad, de la indisolubilidad y de la santidad conyugal; el despotismo y el sensualismo reinan en su lugar. El divorcio y la poligamia son libres. Un hombre puede desposarse con tantas mujeres cuantas el estado de su fortuna le permita; pero puede dejar las que le desagradan, siempre que las dé lo que las haya prometido en el dia del matrimonio. Al separarse, la mujer se lleva las hijas, y los hijos quedan con el padre. Despojada por la ley ó por el uso, raramente tiene la mujer otros bienes que sus joyas, sus vestidos, su cama, y alguna bagatela <sup>2</sup>. Tales son los recursos que le quedan despues de su repudio para vivir y educar á sus

<sup>1</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 81, pág. 122-3, año 1842.

<sup>2</sup> Estos detalles están sacados de Bernier, Schouten, Tavernier, y de las *Cartas edificantes*.

hijos. Pero ¿tuvo acaso algun dia feliz esa desdichada, antes de sufrir esa ignominia? Vais á juzgarlo.

Tanto en la India como en la China las mujeres están regularmente guardadas en sus solitarias habitaciones por esclavos que ni siquiera les permiten ver á sus mas próximos parientes. Las mujeres indias jamás han conocido las santas relaciones que, haciendo en el Cristianismo del esposo el amigo, el hermano de su esposa, suavizan el yugo del matrimonio y secan algunas de las abundantes lágrimas que la mujer está condenada á derramar. Las relaciones de déspota á esclavo forman el fondo de su existencia. Es una máxima enseñada en el libro de los indios y generalmente observada, que la mujer está hecha para vivir en continua dependencia y sumision. Su deber es obedecer á sus padres mientras que permanece soltera, á su marido y á su madre política, mientras está casada, y durante la viudez sus hijos varones tienen el derecho de mandarla. Por lo general un marido no habla á su mujer sino en términos que muestran la poca estima en que la tiene: los de *criada*, *esclava*, y otros tan lisonjeros, se presentan naturalmente á sus labios; mientras que la mujer nunca se dirige al marido sino con la mas profunda humillacion, calificándolo de *mi dueño*, *mi señor*, y algunas veces, *mi Dios*. El respeto la impide llamarle jamás por su nombre <sup>1</sup>.

Hé aquí en qué términos se expresa sobre este asunto el *Padma-Pourana*, uno de los libros sagrados de los indios: «Para la mujer no hay otro Dios sobre la tierra que su marido. La mejor obra que ella puede hacer, es procurar agradarle, manifestándole la mayor obediencia. Cualesquiera que sean sus faltas, por malvado que sea, la mujer debe estar siempre persuadida de que él es su Dios y debe prodigarle todos sus cuidados. Si canta, ella debe extasiarse de placer; si baila, mirarle con delicia; si habla de ciencias, escucharle con admiracion; si monta en cólera, si la amenaza, si la dice injurias, si la pega, hasta *injustamente*, ella no debe responderle sino con dulzura, cogerle las manos, besárselas, pedirle perdon, á fin de que todas sus palabras y todos sus actos sean un testimonio público de que consideran á su marido como á Dios <sup>2</sup>.» ¿Pudo descender y envilecerse mas la

<sup>1</sup> *Instituciones de los pueblos de la India*, por Mr. Dubois, t. I, pág. 556.

<sup>2</sup> *Ibid.* t. II, pág. 2.

esclavitud? Los bárbaros *suttées*, último término de la opresion, ¿no son, en parte al menos, la consecuencia de semejentes ideas?

Ello, es, pues cierto, ¡y el espíritu retrocede de horror ante este pensamiento! Practicados ya en tiempos de Alejandro, los *suttées* están todavía en uso en ese pueblo que parece una petrificación de la raza humana. Es, lo hemos dicho ya, el último término del despotismo marital y del envilecimiento de la desgraciada mujer. Un cálculo aproximado, hecho en 1804, elevaba á diez mil el número de viudas indias quemadas vivas cada año sobre la tumba de sus maridos. El mismo cálculo, hecho en 1838, da en las solas posesiones inglesas dos mil quinientos *suttées* por los años de 1835, 1836, 1837, 1838. ¡Y la Inglaterra, que fabrica pagodas para sus súbditos del Indostan, presta sus soldados para presidir esos horribles sacrificios! ¿Será preciso poner á los ojos del lector los detalles de esa espantosa ceremonia? Dejemos hablar á un testigo ocular:

«Fue en la noche del 27 al 28 de junio de 1839, cuando Runjet-Singh, rey de Lahora, dió el último suspiro. Desde el 24, se halló en ese estado de agonía que es la última lucha de la vida contra la muerte, y desde este momento el serrallo todo se puso en conmocion. Varias de sus mujeres se apresuraron á pedir la honra de morir sobre la tumba; pero este favor solo fue concedido á cuatro de ellas de raza real. Siete guardias del serrallo fueron admitidos al mismo honor.

«A poca distancia del palacio se levantó una magnífica tumba de madera de sándalo. El cadáver real fue trasladado á ella en procesion; las cuatro Reinas seguian despues, y detrás los siete guardias. Las Reinas fueron colocadas de dos en dos, frente á frente, y se les puso el Rey sobre sus rodillas. Despues fueron á formarse los guardias en torno de las Reinas. Se completó la tumba rodeando las víctimas con algunos maderos de sándalo, de modo que no fue posible distinguir mas que sus cabezas. Se habian puesto gran cantidad de telas chupadas en aceite, teas y materias resinosas en el interior de la tumba y al rededor de las víctimas. Aproximándose despues el hijo primogénito del Rey, puso fuego á las antorchas colocadas en una abertura de la tumba. Una inmensa muchedumbre, llegada de todos los puntos del reino, gozaba de este horrible espectáculo, y aplaudia el valor de las víctimas. En un cerrar de ojos se elevó una inmensa

«llama mezclada de humo que asfixió prontamente las tristes víctimas de tan bárbara preocupacion. Al día siguiente, se recogieron los huesos de las manos y los piés, y despues de haberlos colocado en sacos de seda, en que se habian metido perfumes y flores, se llevaron procesionalmente y con pompa al rio sagrado del Ganges esas reliquias reales y las de las víctimas que habian sido quemadas con su señor<sup>1</sup>.»

Si la mujer, la madre, la esposa, la compañera del hombre es tratada de este modo, ¿qué suerte puede esperar de una sociedad donde reina semejante despotismo, el hijo, el débil niño, que en los primeros dias de su existencia al menos, es mas bien una carga que un consuelo, para padres tan ignorantes de los deberes de la familia? Bajo este nuevo aspecto, la sociedad doméstica india es la carencia completa de todo sentimiento. El Indostan es una espantosa carniceria. «En la India, dice Mr. Dubois, no es cosa rara ver padres penetrados de la infalibilidad de las influencias celestes, dejar en secreto en un camino á inocentes criaturas nacidas en ciertos dias, que los impertinentes pronósticos de la astrología judiciaria han señalado como nefastos. Los hay tambien que llevan la barbarie hasta al punto de sofocar ó ahogar á sangre fria esas víctimas de la mas estúpida y atroz extravagancia<sup>2</sup>. «El infanticidio está diariamente practicado entre los indios desde tiempo inmemorial<sup>3</sup>.» En ciertas provincias, solo se educa á los hijos varones<sup>4</sup>. Sin embargo, ese privilegio de sangrienta opresion, que allí como en tantas otras partes pesa sobre las hijas de Eva, no lo disfrutan exclusivamente. En la espaciosa provincia de Madrás, los arrendatarios y labradores tienen la horrible costumbre de engordar á sus hijos pequeños para matarlos despues. Antes de hacer morir á la inocente víctima, le hacen incisiones en todo el cuerpo, cortan de él pedazos de carne que envian á diferentes puntos de sus campos y de sus plantaciones, y dejan correr sobre la tierra toda la sangre del desgraciado niño, antes de que muera. Creen que la tierra rociada con sangre caliente de

<sup>1</sup> El Dr. Benet, médico del rey de Lahora.—Véase otro hecho mas atroz aun. (*Catecismo de perseverancia*, t. VIII, fiesta de la Anunciacion).

<sup>2</sup> Dubois, t. I, pág. 126.

<sup>3</sup> John Beck, *Researches in medicine*, etc., pág. 13.

<sup>4</sup> Dubois, t. II.

niño es mas fértil. Algunos soldados ingleses enviados á una aldea hallaron en ella veinte y cinco niños confiados á sacerdotes encargados de engordarlos, para destinarlos mas tarde al infame uso que acabamos de referir <sup>1</sup>.

El antiguo Paganismo hacia del hijo una víctima. ¡El nuevo hace de él un abono!

Niños, dad gracias, mil gracias al Dios salvador que, para arrancaros de tanta tiranía, se dignó hacerse niño él mismo. Entre los que leeréis estas líneas quizás habrá mas de uno, acaso muchos, que solo al Cristianismo deberán su existencia y conservacion.

## CAPÍTULO IX.

*Historia de la Familia en Asia. — China.*

Hémos aquí á las puertas de ese misterioso imperio que Voltaire y su escuela ensalzaron tanto. Merced á este tejido de elegantes embustes, el pueblo chino fue para mas de un europeo el bello ideal de la perfeccion. La táctica de la filosofía incrédula llevaba un doble objeto: colocar nuestros Libros santos en una falsa posicion oponiéndoles cronologías mas antiguas y mas ciertas; y mostrar la inutilidad del Cristianismo para la civilizacion de los pueblos. En cuanto á las tablas cronológicas del Celeste Imperio, la ciencia actual ha hecho buena y pronta justicia <sup>2</sup>. Sabido es que los Jesuitas tuvieron que enseñar á los chinos á hacer calendarios, y otras mil cosas de que no tenian noticia entre los conocimientos cuási infinitos con que Voltaire honra á los descendientes de Fo-hi.

<sup>1</sup> Este hecho está consignado en los periódicos ingleses de 1840.

<sup>2</sup> William John, *Asiatic Researches*; Abel Remusat, *Memorias sobre los chinos*; Klaproth. — Mr. Delambre habla en estos términos de las tablas astronómicas de los chinos, base principal de su pretendida cronología: « Los caldeos, dice, los chinos y los indios ignoran la astronomía matemática... No poseemos monumento alguno algo antiguo de sus conocimientos. Todo se reduce para los chinos y los indios á obras bastante modernas; en cuanto á los caldeos y egipcios, solo se citan en su favor algunos testimonios vagos é insignificantes de escritores poco competentes en estas materias... No hay medio alguno para formarse una idea exacta de la ciencia de los antiguos en astronomía: Si ella ha existido, se han perdido las pruebas.» (*Hist. de la Astronomía de la edad media*, Disc. preliminar.).

¿Trátase de la civilizacion propiamente dicha que consiste en el conocimiento y la práctica de las virtudes sociales? Vamos á juzgarlo por las costumbres públicas y privadas de los chinos. Hé aquí el cuadro que nos trazan nuestros misioneros.

Varias veces hemos tenido ocasion de citar el testimonio de esos hombres admirables: bueno es, puesto que vamos á invocarlo, que apreciemos su valor. El misionero no es un viajero que habla de un país de que nó ha visto sino la superficie, rápidamente, y desde la portezuela de su coche; tampoco es un viajero que solo ha permanecido por mucho tiempo en una ciudad particular, en un puerto de mar, ignorando con frecuencia la lengua del país, ó conociéndola imperfectamente; no juzgando de ordinario sino de oídas; no estando en relaciones personales mas que con un corto número de habitantes; en fin, contentándose con estudiar el país bajo el punto de vista comercial ó científico, raras veces bajo el punto de vista moral.

Muy diferente es el misionero. No ha habitado una sola poblacion, sino muchas; tampoco se ha contentado con cruzar rápidamente el país; lo ha recorrido en todas direcciones, las mas veces á pié, y ha permanecido en él largo tiempo. Su ministerio le ha hecho necesario estudiar la lengua del país; se ha puesto en relacion con todas las clases; se ha iniciado en todos los detalles y secretos de la vida íntima: ha visto el bien y el mal con sus propios ojos, lo ha tocado con sus manos: se ha identificado con el pueblo, en cuyo guia y padre se ha convertido. Hombre instruido y modesto, su vida entera deponen en favor de su veracidad.

Esto dicho, vengamos al cuadro de las costumbres generales del imperio chino que los misioneros nos han dejado. Se nos permitirá publicarlo, como una nueva prueba de la ciencia y buena fe filosófica del último siglo, y como una indicacion prévia y necesaria para apreciar el estado de la familia en la patria de Confucio.

« Si los hombres que desconocen en Europa los beneficios del Cristianismo, y que no han medido la profundidad del abismo de que saca á las naciones, podian ver lo que pasa en la China en pleno dia y á la faz del cielo, prestarian seguramente un tardío, pero sincero homenaje, á la Religion, única capaz de poner término á tan increíbles torpezas. La justicia se vende á pública subasta, el oro abre todas las conciencias, el dinero rompe las